

# APUNTES PARA UNA SOCIOLOGIA DEL OCIO Y DEL TURISTA

## E. Pinilla de las Heras, sociólogo

1. Desde hace algo más de una década puede hablarse de la existencia institucionalizada de una Sociología del Ocio. Estudios sobre los aspectos y problemas del empleo del tiempo libre por diversos grupos sociales, habían sido ya realizados inmediatamente antes de la II Guerra Mundial y en los años de la década 1945-1955, pero eran fruto de la actividad de investigadores aislados. Estos se movían entonces dentro de dos áreas de intereses predominantes: primero, el tipo de marco o de determinación urbana (ocio en el suburbio residencial, el ocio en la ciudad fabril, etc.); segundo, el impacto de la rutina del trabajo industrial taylorizado, sobre el uso del tiempo fuera del trabajo (con independencia del lugar de residencia del trabajador). La sociología del ocio aparecía, pues, como directamente derivada de la sociología industrial o de la sociología urbana, y siendo estas dos últimas disciplinas perfectamente respetables, sus estudios sobre el empleo del tiempo libre podían hallarse exentos de la acusación de frivolidad. Dos grupos universitarios contribuyeron a la institucionalización académica de una sociología del ocio independiente de la sociología industrial: el de David Riesman durante la etapa final de su permanencia en la Universidad de Chicago, y el de Joffre Dumazedier en el «Centre d'Etudes Sociologiques» en París. Esta es la institucionalización cuya fecha-umbral podemos señalar en 1955. Cambios muy importantes estaban aconteciendo en aquel período en la orientación de los estudios sociológicos; la teoría de la acción social y el análisis estructural-funcional de la acción social introducían un tratamiento sistemático que reemplazaba a los enfoques de una anárquica pluralidad propios de las sociologías heredadas de fines del s. XIX. La nueva sociología del ocio no tenía por qué recurrir necesariamente al funcionalismo (pero sí, en gran parte, a la teoría de la acción); característico de ella es el rigor metódico y la innovación teórica, cualidades que podemos atribuir, en ese orden, precisamente a Dumazedier y a Riesman.

Hoy, doce años después de sus planteamientos teóricos pioneros, una enumeración de los principales especialistas americanos, franceses, británicos y escandinavos, que se ocupan de sociología del ocio y han producido trabajos empíricos, sería demasiado enfadosa para el lector no profesional y sólo tendría cabida en una publicación bibliográfica. Ya en mayo de 1957 Reuel Denney (un colaborador de David Riesman) y Mary Lea Meyersohn publicaron en el

*American Journal of Sociology* una primera bibliografía de estudios sobre el ocio que contenía 200 títulos. Y aunque no tengo la prueba estadística, no creo que sea aventurado suponer que el crecimiento cuantitativo de los «papeles» sobre sociología del ocio, sigue el ya muy conocido modelo de la ecuación exponencial.

Claro está que la calidad de estos materiales es de muy variada índole. La distancia entre los grandes pioneros teóricos y los modestos trabajadores empíricos podría decirse incluso que no es mensurable en términos de calidad o profundidad: hay obras que pertenecen a universos intelectuales distintos. Entre un texto meramente descriptivo y que ofrece unas constataciones estadísticas del empleo del ocio en un grupo social, y un texto de alto nivel de generalización y que pretende relacionar una tipología de la personalidad social con determinados procesos de la sociedad industrializada contemporánea, la comunidad intelectual puede ser nula. Entre el enfoque moralista y que se pregunta por las posibles corrupciones que un ocio creciente va a aportar a la naturaleza humana en las sociedades post-industriales, y un enfoque positivo y estrictamente «factual», no suele ser posible que este último sea la ilustración cuantitativa o empírica del primero, porque las categorías con que piensa el moralista no son las categorías de disección de la acción social que necesita el investigador positivo.

También debo decir que en sociología del ocio se está pagando cotidianamente tributo a la frivolidad: una frivolidad de otra clase que la que los moralistas podían reprochar como intrínseca en el tema. En los estudios de barrio en algunas ciudades industriales británicas se ha llegado a microanálisis que distinguen cuidadosamente los tipos de hábitos de las comadres de vecindad en el empleo de su tiempo ocioso; se descubrió que existe una «subcultura de la puerta trasera» (sic) en la que participan las amas de casa de familias con determinados lugares en la escala de la estratificación ocupacional. La sociología del *pop-ping-in* (el estar las vecinas entrando y saliendo en las casas de unas y otras) puede exigir, si la hace un sociólogo refinado y consciente de la importancia de las matemáticas para el progreso de su carrera académica, niveles de perfección sólo comparables a los de las ciencias que antes se llamaban de la Naturaleza. Imagine el lector las correlaciones estadísticas posibles entre el número de entradas y salidas de las comadres A, B, C, ... N, en las casas de las comadres X, Y, Z, ... N, y recíproca-

mente, y los niveles de renta *per capita* de cada hogar, número de personas integrantes de cada familia, sus edades y sexos, años de escolaridad, número de horas semanales de visión de la TV, y en fin, todos los índices de medida que puede inventar este escudriñador profesional de vidas ajenas que es el sociólogo. Las cosas se presentan algo más difíciles, sin duda, si de la sociología del gregarismo de la comadre adulta residente en un barrio de pequeñas casas de ladrillo ennegrecido, pasamos a la sociología del pescador solitario. (La pesca es uno de los pasatiempos que estadísticamente aparecen en los primeros lugares entre los ocios del norteamericano maduro). En una muy compleja investigación sobre tipos de personalidad, clases sociales, contenido de la actividad ociosa, y significación del ocio, hecha por un gerontólogo y sociólogo de la Universidad de Chicago (el Dr. Robert J. Havighurst, 1957), la pesca figura como una de las once «categorías de contenido» del tipo de ocio. De la muestra examinada — 110 varones de Kansas City — resultó que la pesca era el pasatiempo favorito de la «clase media inferior» y de la «clase baja superior» (*lower-middle-class*, *upper-lower-class*, según la terminología del antropólogo W. Lloyd Warner construida ex-profeso para la sociedad estadounidense). En las escalas utilizadas por el Dr. Havighurst la pesca interviene como variable en la escala de «Relación Trabajo/Ocio» (máximo extremo negativo: papel (*role*) de contraste frente a los *roles* de trabajo); en la escala «Relajamiento/Estímulo de Tensiones» (máximo relajamiento); en la escala de costes monetarios (máximo coste el *golf* en un club privado; entre los costes inferiores de la escala, la pesca que no exija viajes fuera de la localidad), etc. Es muy posible que ésta sea la sociología que se haga en el futuro en las sociedades superdesarrolladas, rebosantes de rentas *per capita* y post-industriales (si la superpoblación y/o la guerra nuclear no hacen abortar la profecía «tú también serás sociedad afluyente»). Para esa sociología del inmediato futuro, la investigación sobre el ocio de los 110 varones de Kansas sería un paradigma, y como tal no sujeto a juicios morales, irrelevantes en las ciencias positivas.

2. Los problemas sociales del ocio y el análisis de la acción ociosa, emergen ante nosotros como problemas muy complejos, por lo menos por dos motivos fundamentales: el creciente número de horas de ocio de que dispone el ciudadano de la sociedad que llamamos «afluyente»; la multifunciona-

lidad de la persona humana, que conecta la acción ociosa con una serie de subsistemas de la sociedad.

La reducción de la jornada de trabajo y la implantación de «fines de semana amplios», han abierto ante el habitante de la sociedad industrial una situación que es precisamente la contraria a la que sufrió su antepasado de clase en las primeras etapas de la industrialización. Entonces el hombre compartía el trabajo con su familia: los niños trabajaban en las fábricas o en las minas muchas veces al lado de la madre o del padre, según las descripciones clásicas de la primera mitad del s. XIX. Hoy el hombre no comparte con su familia el trabajo, sino el ocio. En la primera situación, el trabajo se presentaba como oposición a la vida, alienación de la condición humana según el análisis de Marx, y el impacto de esta alienación era tan trágico como inevitable en el breve tiempo de no-trabajo: siendo este breve tiempo la única posibilidad de recuperar la condición humana, sin embargo era vivido deshumanizándolo. Las encuestas oficiales británicas, y la observación empírica de Engels, permanecen como testimonios de la degradación del ocio que es provocada por un trabajo alienante; Marx elevó a teoría antropológica (pues la teoría de la alienación es una teoría antropológica en su más riguroso sentido), la experiencia de la clase obrera antes de, o simultáneamente con, las primeras leyes protectoras. La concepción de la unidad trabajo-ocio, y por consiguiente la dependencia de toda sociología del ocio de la sociología industrial, dura casi hasta nuestros días, y es aún la concepción de C. Wright Mills en una fecha tan reciente como 1954.

Sin embargo, el propio Mills tenía ya frente a sí, y empezó a tratar, el problema de la alienación de la persona en el ocio, no causada directamente por la deshumanización del trabajo, sino causada por la comercialización masiva del ocio que imponen los industriales de la ociosidad. Las diversas formas de ocio son hoy el contenido de empresas mercantiles muy poderosas, cuyos volúmenes agregados de giro anual superan muchas veces los productos brutos de enteros sectores económicos, como el primario. La comercialización del ocio implica necesariamente un cierto grado de planificación, sometiéndose la persona a los planes de la empresa comercial y rindiendo su ocio personal a las formas de ocio colectivo. El análisis sociológico describe entonces un giro copernicano, y del estudio del impacto del trabajo sobre el ocio, pasamos al estudio del impacto del ocio sobre el trabajo. Correlativamente, el moralista contempla horrorizado la posibilidad de que la ética del trabajo, heredada del calvinismo y de las virtudes empresariales de las primeras etapas de la industrialización, deje de ser uno de los fundamentos normativos de cohesión social. Todavía no podemos postular una sustitución de la ética del trabajo por la ética del ocio, pero esta eventualidad ha sido ya señalada por diversos autores y nos desafía con un azorante enigma moral.

Enfrentado con un problema que ya no es sociológico, sino filosófico o político y que pone en cuestión los postulados pesimistas u optimistas que cada uno tenga sobre la naturaleza humana, el sociólogo



se retira a terreno más firme y científicamente más aséptico. Y se pregunta cosas como las siguientes: ¿cuáles son los parámetros de la acción ociosa? ¿Con qué subsistemas sociales está conectado funcionalmente el ocio? ¿Qué nuevas formas sociales de ocio pueden ser previstas a partir de la variación de otros procesos sociales o económicos?

Seis clases de relaciones funcionales analíticas aparecen entre la unidad trabajo-ocio y otros «units» fundamentales del sistema social. Son las relaciones con el sistema ocupacional, con el sistema urbano, con el sistema de control social, con el sistema de parentesco, con la cultura no material de la sociedad, y con la cultura material.

La relación del trabajo con el sistema ocupacional produce como resultado la estratificación de los individuos en clases sociales, a cada una de las cuales es asignable un promedio estadístico de ingresos *per capita* o por familia. Es fácil ver que la relación ocio/clase social es de distinta índole en sociedades fuertemente estratificadas y donde las barreras clasistas permanecen reforzadas por los desniveles de renta, que en sociedades donde hay en operación procesos de movilidad social vertical. Mientras en el primer caso el ocio es ocio de clase, y en los escenarios ecológicos de las actividades ociosas apenas hay mixtión de clases sociales, en el segundo caso el ocio colectivo es precisamente una de las formas de mixtión social; es decir, individuos pertenecientes a lugares muy alejados entre sí en el sistema ocupacional, borran sus diferencias de clase a través de la participación anónima en una misma actividad ociosa.

Para las relaciones con el sistema urbano, debemos tomar en consideración los cambios sociales que implica el paso de las urbes tradicionales a las modernas conurbaciones de suburbios residenciales. La urbe «como forma de vida» se oponía al burgo rural en cuanto su complejo de relaciones sociales permite a la persona un grado de vida privada, objetivación y universalización, que no son accesibles en la

sociedad rural dominada por la tradición y por el grupo familiar. Correlativamente, resulta casi banal recordar el restringido abanico de formas de ocio vigentes en el burgo rural (la taberna, el paseo por la calle mayor o por los soportales, etc.), como ejemplo opuesto al ocio de la urbe industrial o terciaria. Pero la situación cambia cuando la urbe es exclusivamente un lugar de trabajo y no de residencia; para el «suburbanita» no hay evasión a la *privacidad*, puesto que necesariamente debe reintegrarse al hogar suburbano en un período de tiempo que las grandes distancias de la conurbación pueden transformar en *plafond* prohibitivo. En los Estados Unidos es ya un tópico la observación del reforzamiento de la vida familiar y de la importancia de la familia, no sólo por razones ecológicas deducibles directamente de la nueva estructura del sistema urbano, sino también por motivos psicológicos (compensación a las alienaciones burocráticas o las tensiones de la lucha económica). Si la urbe tradicional favorecía la desvinculación de la familia (y no será inútil que citeamos una abundante literatura moralista anti-urbana que ha sido vigente durante más de un siglo en muchos países, y que en España ha durado hasta hace poco), la nueva conurbación tiende por el contrario a reforzar la institución de la familia (en su nueva forma, la familia restringida, nuclear).

Por otra parte, los procesos de comunicación de ideas, paradigmas culturales, tensiones, innovaciones (tanto frívolas como la moda, como tecnológicas), son procesos de comunicación que en las sociedades modernas se difunden desde ciertos núcleos urbanos al resto de la sociedad. Comunicaciones en sentido inverso (desde el mundo rural al sistema urbano) son excepcionales e implicarían fenómenos de re-ruralización de los que hay escasos ejemplos (quizá podríamos aducir el de España en el período de aislamiento entre 1939 y el arranque de la industrialización hacia 1951, cuando hubo una verdadera re-ruralización del país). Dada la operación de esos procesos de difusión, en un solo sentido, el

ocio urbano tiende a pasar de los grandes núcleos urbanos a los núcleos inferiores del sistema. El turismo es una de las formas de ocio que *transporta* ocio gran-urbano, por así decir, a los núcleos pequeño-urbanos y semi-rurales. Una vez establecido este proceso, aparecen núcleos de ocio no necesariamente establecidos en núcleos gran-urbanos; y entonces el aburrido suburbanita *sin* ocio, practica el turismo una vez al año en búsqueda de formas de ocio que fueron un día emigradas del núcleo gran-urbano. La vieja oposición sociológica rural-urbana, o pequeño-urbano / cosmopolita, tiende a perder su significación al incrementarse los procesos de difusión y de innovación que uniformizan a la sociedad.

Sistema urbano y sistemas de control social se han hallado siempre vinculados por una red específica de valores y de relaciones. La investigación empírica muestra que la variable de la industrialización y el desarrollo económico (al que acompaña una cierta movilidad social vertical) actúa en sentido opuesto a la variable clase social cuando se estudian las formas de ocio. Quizá esto parezca, formulado abstractamente, algo oscuro o paradójico. En una sociedad no hay un único sistema de control social: no hay normas universalmente válidas cuya vigencia sea independiente por entero de los *status* y *roles* de las personas; las normas más absolutas, como «no matarás», no operan en circunstancias en que una persona, por su *role* profesional y su *status*, se ve obligada a hacer uso de una violencia mortal — sin sanción punitiva en su caso. En otros términos: la red de normas está vinculada a una red de *roles* y *status*, y es relativa a las situaciones que actualizan la operación de tales *roles*. En una versión que aunque parezca cínica contiene una gran verdad, diríamos que en una sociedad hay sistemas de control social relativos a cada clase o grupo social. Si en determinadas formas de ocio se produce una permisón de relajamiento del control social, este relajamiento es distinto para cada clase; cosas permitidas para una clase privilegiada o para una clase marginal, no lo son para las clases medias o para los estratos superiores de la clase obrera. Podemos entonces establecer una especie de *continuum* analítico que va desde un extremo muy estricto (la *moral de la obra bien hecha*, parafraseando a Veblen), hasta otro extremo donde toda «insouciance» tiene su asiento. En el extremo de la ética del trabajo hallaríamos las virtudes típicas de ahorro, austeridad, inversión en la propia empresa, acumulación, autoridad, estilo personal, que caracterizan al empresario capitalista tradicional, al artesano empresario de sí mismo, y en algunos casos al jefe de empresa autoritario y que, aunque no propietario personalmente, ha interiorizado las normas de la que ha devenido ya un *cliché* llamar ética calvinista de la profesión. En el otro extremo, una ética del ocio sólo puede justificarse en principios éticos si el abandono de los sacrificios personales produce como resultado un proceso continuo y nunca cerrado, de auto-cultivo personal; la ética del ocio sólo podrá existir como ética de la auto-determinación personal, como ética del enriquecimiento de la personalidad. C. Wright Mills postuló una forma muy exigente de esta dicotomía cuando dijo que la ética del ocio exige *self-cultivation* y no mero

*pastime*, y puso como condición del auto-cultivo el retorno a la privacidad (*privacy*), mientras que el pasatiempo no requiere esa condición y puede ser colectivo. Estamos ante una exigencia-límite, porque no es cierto que el aislamiento en la vida privada suponga el nivel cualitativo más alto de auto-determinación personal. Aunque soy un vigoroso defensor del derecho a la privacidad como garantía de la libertad, en cambio debo decir, como sociólogo, que los valores más importantes que un ser humano puede interiorizar en la creación personal, no suelen ser valores originales *ex novo*: son el resultado de la incorporación de materiales culturales y morales que existen en la sociedad (a veces de modo sólo latente, y actualizados precisamente por la capacidad descubridora de la persona). Una sociedad con un sistema pervertido de tolerancias-intolerancias, en la cual las intolerancias se centran sobre aspectos formalistas, bizantinos, tradicionalmente transmitidos y racionalmente nunca examinados, y las tolerancias cubren con un manto pasivo conductas que hacen realmente daño tanto a los individuos como a la comunidad, difícilmente será una sociedad donde la privacidad pueda contribuir a crear seres humanos de alto valor; en una sociedad con un sistema pervertido (no racional, no examinable por autocrítica y aprendizaje) de tolerancias-intolerancias, lo más probable es que el individuo que se aísla en su privacidad sea un mero desajustado (calificativo que debe entenderse con una connotación sólo factual, no peyorativa). En la sociedad culturalmente rica, con una moral abierta, y que se desarrolla a partir de una ética del trabajo estricta pero no cerrada, la privacidad puede ser realmente una condición de enriquecimiento; el proceso de enriquecimiento es entonces de incorporación y transformación de los materiales culturales externos, no de aislamiento respecto a ellos. En definitiva, como ha escrito recientemente el Prof. Raymond

Aron, «la libertad de auto-realización en el tiempo libre depende de lo que los individuos llevan en sí mismos. Se verán sometidos a la manipulación de las industrias del ocio o podrán evadirse de la persuasión colectiva, según que interiormente sean ricos o pobres, estén armados gracias a la educación recibida, o se hallen desarmados a causa de no haber recibido durante su juventud la formación precisa para la auto-realización individual» (Aron, *Trois Essais sur l'Âge Industriel*, París, 1966, pág. 230). Si el desarrollo económico actúa como variable opuesta a la rigidez de la clase social, es algo que aparecerá ahora más claro en cuanto observamos que urbanización y comercialización del ocio abrazan a individuos de distintos estratos sociales; la ética del ocio era altamente clasista en una sociedad dominada por la ética del trabajo; la ética del ocio no puede ser clasista en una sociedad donde el ocio generalizado es un fin en sí. Por tanto, urbanización y manipulación comercial del ocio no sólo relajan el sistema de control social tradicional: tienden a crear un sistema nuevo. Si este proceso desembocará o no en una degradación lamentable del ser humano y del carácter social, es una cuestión en la que ya dije antes que el sociólogo no desea entrar. Pero una cosa puede ser afirmada: si la sociedad no es culturalmente rica y diferenciada, si la cultura no material de la comunidad presenta al individuo un abanico restringido de oportunidades y alternativas, entonces los meros incrementos de ingreso *per capita* no contribuirán al enriquecimiento personal; la mayor disponibilidad de renta se dirigirá directamente a la compra de un mayor tiempo libre, y este tiempo será usado como *pastime* y no como *self-cultivation*. El hombre actual podría ser, quizás, un fenómeno de transición entre la sociedad donde la ética del trabajo es dominante y en la que hay, por necesidad, muchos trabajos alienadores, y una sociedad donde está generalizada una ética del



ocio; pero en esta nueva sociedad deberán ser creadas instituciones sociales adecuadas para un ocio ético, instituciones que hoy no existen; de lo contrario, un proceso de des-humanización sería inevitable.

El papel de la institución familiar es crucial tanto en la situación, ya históricamente superada, en que la familia era una unidad de producción, como en la situación presente en que la familia es unidad de consumo de ocio. La familia unidad de producción requería una familia de un número elevado de miembros; la familia de la sociedad del inmediato futuro, deberá hallarse contenida en un tamaño muy reducido, como el más lerdo de los demógrafos y economistas sabe, teniendo en cuenta las actuales tasas de reproducción y el desplazamiento del techo de expectativas de vida. El proceso parece adoptar una forma sinusoide: fuerte coherencia familiar en la sociedad rural y en algunos trabajos de las primeras etapas de la industrialización; tendencia al aflojamiento de la dominación familiar sobre cada uno de sus miembros, con la urbanización e industrialización anteriores a la sociedad afluyente y/o las grandes conurbaciones; nuevo reforzamiento de la coherencia familiar para el habitante suburbana; la familia como unidad de consumo de ocio en muchas formas de la actividad ociosa (impacto del automóvil familiar, turismo y vacaciones de la familia como unidad, etc.); posiblemente nueva relajación de la dominación familiar cuando los fines a alcanzar sean, en un mundo de familias de tamaño muy pequeño, la auto-determinación personal y el máximo enriquecimiento individual (sólo realizables en instituciones sociales de otra clase que el círculo familiar, por naturaleza limitado). Dos de los elementos constituyentes de la cultura no material — la educación científica y la acumulación de investigación científica — deberán sin duda ser puestos al alcance de un número mucho mayor de personas que la actual minoría de especialistas.

En cuanto a la cultura material (noción que utilizo aquí en el sentido de los antropólogos culturales norteamericanos), me parece un lugar común señalar en qué medida la aparición de objetos materiales como la cámara cinematográfica, el aparato de radiotelevisión y el automóvil, han ejercido un impacto sobre las formas de vida de la gente, y por ende del ocio. Una serie de objetos materiales han trascendido la mera condición de instrumentos del hombre, para incorporarse a los procesos de transformación de la vida humana como si ellos mismos fuesen sujetos-agentes.

Para los límites de nuestra rápida panorámica, este esbozo de las relaciones entre la unidad trabajo-ocio y otros «units» del sistema social (sistema ocupacional, sistema urbano, sistemas de control social, sistema de parentesco, cultura no material, y cultura material), es por el momento suficiente. Pasemos ahora al caso particular del turista.

3. Como en el ejemplo de la pesca antes citado, el *role* de turista es, igual que el *role* de pescador solitario, uno de los extremos de una escala cuyo otro extremo son los *roles* estrictos de trabajo. Es un *role* latente, episódico, actualizable en un concreto pe-

riodo del año; la duración de su actualización depende directamente del nivel de renta; las modalidades de conducta en el *role* tienden a ser independientes de los *roles* de trabajo. Dicho en forma más sencilla: la investigación sociológica demostró hace tiempo que el ocio del obrero se realizaba casi exclusivamente en el hogar y en el barrio inmediato, y que en la actividad ociosa el individuo seguía siendo portador de su *role* (obrero en el cine, obrero en el bar o la cervecería); mientras que el *role* de turista pierde esta vinculación con el *locus* de la actividad ociosa y en cierto sentido independiza a su sujeto-portador. El *role* de turista es opuesto al *role* de obrero; el obrero se des-obreriza cuando hace turismo. Aunque en principio esto puede parecer un vulgar juego de palabras, pensemos que acaso hay dimensiones más significativas. Para el obrero industrial que actualiza el *role* latente de turista, cambia por entero la inserción de la persona en el proceso de control del tiempo. Del tiempo de trabajo (*time-work*) es factible pasar a un tiempo que no es necesario individualmente controlar, e incluso al chapuzamiento en un tiempo históricamente cristalizado: el turista que *vive* el tiempo de la pequeña ciudad-museo (como habrán sentido los visitantes de algunas ciudades italianas, o en algunas ciudades levíticas en muchos países). Una inserción diferente del ser humano en el *continuum* espacio-tiempo; nada menos que esto es lo que realiza el turista. La dimensión aquí aludible no es la mera dicotomía entre productor y consumidor. Es verdad que para el turista, como ha dicho un filósofo francés, catedrales, paisajes, religiones exóticas, son objetos de consumo; pero estos objetos de consumo no son fungibles; el turista no los *consume* realmente; no los domina con una orientación final sino instrumental.

A diferencia de los *roles* de trabajo que exigen un juego de estímulos internos y externos, un juego de *feed-backs* que corren la actividad productora a medida que la obra va haciéndose, el *role* de turista se nutre de estímulos casi completamente externos y que no demandan acción-respuesta (el caso límite es el del consumo pasivo del sol). La inexistencia de demanda de acción-respuesta implica precisamente la liberación — relativa, como todas las liberaciones humanas — del control del tiempo.

Si pensamos un poco en este planteamiento, veremos por qué las hipótesis de que el turismo cambiaría completamente la mentalidad o los contenidos culturales de las sociedades receptoras de turistas, se han revelado como hipótesis algo aventuradas y sólo en aspectos parciales confirmadas por la realidad. Nadie duda de que el turismo masivo y comercializado introduce grandes cambios en la sociedad receptora *cuando ésta tiene que crear todo un aparato económico-urbanístico y de servicios* para cubrir la demanda turística. Si la sociedad receptora es pasiva, no hay tal transformación, *porque no es posible el intercambio de roles*. Cambio social no es sólo cambio de ideas o de modas; tales cambios suelen ser efímeros. Los cambios sociales acumulativos y radicales consisten en la creación de nuevos *roles* y en la transformación del contenido de los *roles* ya exis-

tentes. El turista puede pasar indiferente, como un extraño, ante las docenas de hombres ociosos en el burgo siciliano; y los hombres ociosos sin trabajo en el latifundio del oeste de Sicilia, seguirán en la plaza mayor, las manos en los bolsillos, a la sombra, con alguna mirada obscena de vez en cuando: dos universos sin comunicación posible. No hay cambio social por contacto; el cambio social es cambio de *roles*.

Del lado de la otra categoría sociológica tan ubicuamente usada como la de *role* — la categoría de *status* — las cosas son desoladoramente simples. Hay un turismo que se hace y se localiza casi por solas razones de *status* y prestigio social; un turismo diferencial en la elección de los *loci* de la actividad ociosa y en el precio monetario de ésta; aunque no diferente en cuanto a la búsqueda de una nueva inserción de la persona en el *continuum* espacio-tiempo.

Si antes aludí a la dicotomía entre turista y productor, ahora quiero hacer una profundización final en este aspecto. El *role* de trabajo implica una acción creadora; un buen número de ociosos son también ociosos que exigen una cierta creatividad. David Riesman protestaba en 1952 contra la banal división del ocio en activo y pasivo (ejemplos, los deportes o el baile entre el ocio activo, el cine entre el pasivo), y correctamente indicaba que el cine exige a menudo una intensa participación intelectual del espectador. Pues bien: el contenido parcial de creatividad que es factible hallar en otras formas de ocio, parece hallarse ausente del ocio del turista. El turista no re-crea, no es el sujeto de un juego; tiende a ser también un receptor, y como tal con un bajísimo nivel de creatividad. El turista que es un mero devorador de kilómetros o de sol, no deja huella ni en los sitios por donde pasó ni en sí mismo. Si la profecía de la sociedad post-industrial se cumple, este problema del anonimato en el consumidor y en las cosas superficialmente consumidas, emergerá sin duda como uno de los problemas centrales. Frente a las escalas de creatividad en el ocio, los sociólogos y psicólogos elaborarán escalas de satisfacción estética. La experiencia actual de muchos turistas (la oposición entre satisfacción en la creatividad y satisfacción en la recepción estética) se revelaría también en el ocio no turístico.

¿Es posible incrementar el nivel de creatividad del turista? Quizá los procesos demográficos y la prosperidad de la sociedad afluyente, nos ayuden en algo en este campo. En la pirámide de edades tienden a hallarse cada vez más representados los grupos de mayor edad, y el techo de las expectativas de vida se desplaza. Las sociedades altamente desarrolladas generan, pues, una población marginal ya de edad madura y con una capacidad de ahorro que les permite convertirse en turistas residenciales en otro país de clima más benigno. El turista residencial y que aporta consigo una madurez tanto vital como económica, puede ser verdaderamente un agente de creatividad; no es el ave de paso o el devorador de kilómetros y de sol. Para actualizar la capacidad latente de creatividad en el turista residencial, arquitectos y urbanistas del país receptor tienen sus *roles* a jugar.